

La *Velha Biblioteca* de la Universidad de Coimbra

Emilio ECHAVARREN

A don Guilherme Machado de Sousa no le han hecho ningún homenaje después de muerto.

Había nacido en Cabreira, una aldea del bajo Duero, entre peñascos, cabras y pequeños viñedos. Aprendió a leer en la destartalada escuela, al compás del largo puntero de don Rogelio Marnoco e Azevedo. Cosa hermosa, pero inútil. En la aldea nadie que no fueran el maestro o el señor cura párroco tenía libros. El señor cura premiaba a los monaguillos que más se distinguían respondiendo al «Introibo ad altare Dei...»: unas veces el estímulo era recortes de hostias, otras el apurado de las vinajeras, y en casos muy especiales, la lectura de algún pasaje de *Os Lusíadas*. En aquella aldea sin mar y sin horizonte, las aventuras marineras de Camoens seducían a todos los monaguillos. Guilherme mostró tanto interés, que don Bartolomeu Rui Fernandes acrecentó las lecturas: «Alma minha gentil, que te partiste / tao cedo desta vida»...

Don Bartolomeu, empedernido lector de Camoens, gustaba contar a Guilherme cómo el gran poeta portugués, nacido en Lisboa y graduado en Coimbra, había perdido un ojo en la campaña de Ceuta. De regreso a la corte, mató en duelo a un tal Gaspar Borges¹. A modo de indulto, lo enviaron a la India. En un naufragio perdió a su amada china Dinamene, pero, con grave peligro de su vida, consiguió salvar a nado el manuscrito de *Os Lusíadas*.

Tanto entusiasmaban a Guilherme aquellas lecturas y comentarios que le fue creciendo el anhelo imposible de tener una biblioteca como la del señor cura: libros con letras doradas en los lomos, ejemplares con cubiertas de pergamino; biblias con hermosísimas ilustraciones.

Pasaron los años. Guilherme creció, lo tallaron, lo vistieron de soldado y lo enviaron a Mozambique. La costa de África era tan bella como la había descrito Camoens. Aunque lo más sorprendente fue que en el sopor de los cuarteles encontró más libros que en su aldea. Hizo amistad con un muchacho de Coimbra que guardaba en su macuto un tesoro: eran ejemplares desvencijados que narraban aventuras de lejanos cowboys: grandes cabalgadas; el sombrero, el pañuelo y el revólver; aprender a desenfundar más rápido que el contrario y, como premio, el beso de la chica.

* Profesor y escritor

1. Según recentísimas investigaciones del Dr. Bráulio Ribeiro, este personaje es un antepasado del famoso escritor ciego Jorge Luis Borges.

Después de conocer el mundo ya no deseaba volver a su aldea. Cuando acabó su larguísimo servicio militar en la colonia de ultramar, escribió a su madre —su padre había muerto años atrás— y le comunicó su deseo de buscar trabajo en la ciudad. El padrino de su amigo soldado era ujier en Coimbra y había prometido interceder por él. A finales del verano recibió una carta: era necesario contratar a un joven ágil y valiente para hacerse cargo del servicio de préstamos en la biblioteca de la universidad. El sueldo era muy pequeño, le advertía.

La biblioteca de la universidad le pareció el lugar más hermoso que nunca hubiera visto: «tan hermosa como una iglesia», fue la expresión que empleó. Las salas amplias, el mobiliario de madera pintada y con sobredorados, los techos decorados con falsas perspectivas, las mesas de caoba, los amplios ventanales que miraban la marcha lenta del río Mondego, los reservados para los profesores, las escaleras ocultas y, sobre todo, las inmensas estanterías con libros: dos alturas, separadas por una barandilla corrida. Llegar hasta los ejemplares más altos requería una pericia y un valor fuera de lo común. Para alcanzar los volúmenes más empinorotados era necesario trepar por unas escalerillas de mano. Alguien le contó que el empleado anterior había tenido un percance, pero Guilherme era joven y esos pormenores no le desalentaron.

Tantos libros, tan hermosos, muchos de ellos en latín y en otras lenguas desconocidas. Cuando le mandaban trepar en busca de un libro, bajaba con él apretado contra su pecho. Si le era posible, los abría: pasaba las páginas parsimoniosamente, deteniéndose en los grabados. Qué bellas ilustraciones. Como por instinto, inmediatamente localizó las obras completas de Camoens. Tenían un olor añejo, como el vino de su tierra. Recordó a don Bartolomeu Rui Fernandes y se le humedecieron los ojos. Procuraba ser el último en abandonar la biblioteca, escondía uno de aquellos hermosos libros bajo la gabardina y salía por la Porta Ferrada deseando llegar cuanto antes a casa para leer con tranquilidad. A la mañana siguiente sería el primero en estar en su puesto. De esta manera le daba tiempo para reponer el libro en su lugar. ¡Cuántas noches a la luz mortecina de una bombilla con Camoens en sus manos, navegando por los mares lejanos. luchando y sufriendo calamidades!

Guilherme casó con una muchacha hermosa. Pero su amor fue tan intenso como breve. Su amada, al igual que Dinamene murió joven, de tuberculosis. Eso hizo que muchos versos de Camoens empezaran a resonar de una manera especialmente hermosa y triste:

*Alma minha gentil, que te partiste
tao cedo desta vida, descontente
repousa lá no Céu eternamente
e viva eu cá na terra sempre triste...².*

Eran los años del todopoderoso Salazar, antiguo profesor de esta universidad. En su megalomanía dio en derribar los viejos edificios medievales para construir otros modernos. Cuando

2. Alma mía gentil, que te partiste / tan pronto de esta vida, descontenta, / reposa allá en el Cielo eternamente / y viva yo acá en la tierra siempre triste.

Guilherme oyó el rumor, se le derrumbó el alma. ¡Su vieja biblioteca, sus libros, su vida! La muerte de su mujer hizo que se recluyera más en sus afanes. Los libros eran sus hijos. Aprendió a coser lomos, a encuadernar, a escribir los títulos con letras doradas. Se sabía pequeño y, como no tenía a quién recurrir, le dio por rezar. Después del trabajo, bajaba por la rua Quebra-costas, pasaba bajo la Porta de Almeida y se dirigía hacia el viejo Monasterio de Santa Cruz. Ni la portada manuelina, ni el bello púlpito renacentista, ni los nichos de los reyes a ambos lados del altar mayor conseguían distraerle: «Dios mío. Mi biblioteca no». A veces sentía remordimientos de conciencia: ni siquiera cuando lo de su mujer rezó tanto.

Sea porque el buen Dios oyese sus oraciones, sea por la intercesión del rectorado, lo cierto es que se cumplieron sus deseos. La universidad sería destruida, pero se conservarían la Facultad de Farmacia y los edificios que rodeaban el Patio das Escolas: la Sala dos Capelos, la capilla manuelina, con sus preciosos azulejos azules y su hermoso órgano y, muy especialmente, la Velha Biblioteca.

Guilherme se sentía feliz. Con un vaso de oporto en la mano, se sentó en un rincón de «La diligencia-Bar» para escuchar fados. No le gustaba llorar en público, por eso casi todas las lágrimas caían en su interior. Aquella noche los fadistas y sus guitarras gimieron más hermosos y tristes que nunca. Eran lágrimas de saudade mezcladas con lágrimas de alegría.

Pasaron los años. Los edificios de la universidad vieja dieron paso a unas moles y a unas esculturas tan enormes como feas. Las generaciones de estudiantes se sucedieron y Guilherme llegó a conocer cada uno de los hermosos libros de su biblioteca.

Y pasaron más años y la maldita diabetes carcomió la vista de Guilherme. El médico le comentó que la enfermedad estaba avanzada y que... quizás... con un nuevo tratamiento... Cada vez eran más borrosos los lomos de los libros. Los conocía porque cada uno ocupaba su sitio y porque cada uno tenía su propia caricia y su olor especial: los de literatura medieval olían al perfume que usaba aquella profesora tan bonita; los de botánica estaban impregnados de humo de tabaco holandés; los de historia antigua atufaban a ajos; ... pero los de Camoens seguían oliendo a juventud y a vino de su pueblo.

Nadie supo de su ceguera. A plena luz del día, avanzaba por su secreta noche, como dicen que deambulaba Jorge Luis Borges por su biblioteca. Pasaron nubes, cursos, libros, alumnos y profesores. Ya no podía leer, pero a su memoria llegaba el reflujó de versos y estrofas maravillosas. Hasta que un hermoso día de abril... nadie advirtió a don Guilherme de un pequeño pormenor que estaba a la vista de todos.

A Don Guilherme Machado de Sousa no le han hecho ningún homenaje después que se precipitara desde lo alto de la escalera. Llevaba cuarenta años trajinando en la *Velha Biblioteca* de la Universidade de Coimbra, pero no era uno de los famosos catedráticos, ni había escrito libros importantes. Tan sólo era el bibliotecario más feliz del mundo.